

F 2325  
J38

SEMBLANZA DEL SR, PBRO.  
JESUS MANUEL JAUREGUI

RP	AC	AE	AV	See over
UNC	No. Copies:			Av
LC	XX			
IP				
Title: Sembl Jairegmi				
Place, Publisher, Date				
Series:				
Dealer:				
Fund: HW				
For Library: main				
Date: 11 Feb 69				
Received:				

THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA




ENDOWED BY THE  
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC  
SOCIETIES

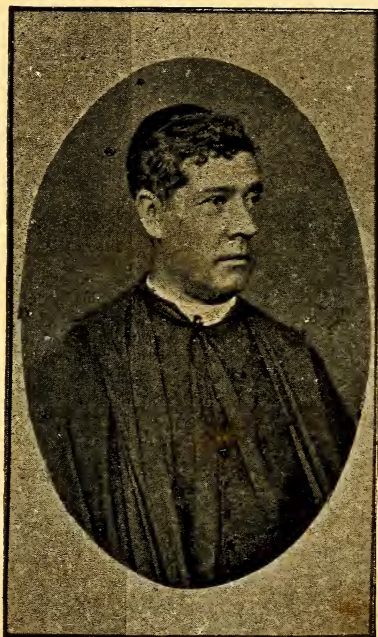
---

F2325  
.J38

10.  
c



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill





---

---

## El Sr. Pbro. Dr. Jesús Manuel Jáuregui

---

Se ha realizado ya uno de mis sueños de oro de niño. Estoy en la ciudad de Fajardo, en la gentil Caracas, en la Atenas de América como se llamó en otros días, y á la cual, aun hoy, bien le cuadra tan soberbio sobrenombre.

He admirado ya parte de sus monumentos y empiezo á conocer sus grandes hombres. Ya iré al Panteón á descubrir mi frente ante las venerandas cenizas de los que allí duermen el sueño de la inmortalidad; ante esos sarcófagos que guardan el tesoro de nuestra gloria, el penacho blanco que nos indica el derrotero del honor, el libro que

la Patria nos presenta para que aprendamos las lecciones de sus grandes hijos. Ya admiraré el lugar donde se meció la cuna de marfil de Bolívar, que es como si dijéramos, el Oriente por donde se levantó el sol de la Libertad en Sur-América; y oiré los murmurios del Guaire, en cuyas riberas bebió la inspiración nuestro inmortal Bello, el Príncipe de los líricos americanos, el Maestro de todas las generaciones de nuestros literatos y poetas.

Estoy abismado en presencia de tantos recuerdos gloriosos: el corazón me impulsa á visitar cada sitio, cada lugar, cada monumento que nos rememora un hecho grandioso, y donde se yergue altiva la acacia de la inmortalidad que cubre con sus verdes ramas este paraíso espléndido llamado Venezuela. Pero ¡ay! entre tantas ilusiones de oro que me abrazan el alma con sus nacarinas alas; entre tantos recuerdos sublimes que me hacen palpar de entusiasmo las fibras del corazón, una nota triste vaga sin cesar al redor de mis oídos, una sombra cruza el cielo del alma, un dolor, la nostalgia del pueblo natal,



sigue mis pasos por doquiera y me hace derramar, antes de llevarla á los labios, la copa de diamante de los placeres nobles y generosos.

Allá, en un fresco y delicioso valle de las montañas andinas, bajo un cielo azul que en las noches de Diciembre tachonan como con polvo de oro los mundos siderales; allá entre dos murmurantes ríos, está mi hermosa Grita, donde ví la luz primera en una tarde de Abril, y donde he ido dejando, como hojas marchitas por el estío, los sueños de rosa de la niñez y las encantadoras ilusiones con que nos cautivan las primeras alboradas de la juventud.

Mi espíritu, en las horas de descanso, abre sus alas y vuela á esa tierra de mis caros afectos; visita el nido de mi infancia, besa en la frente á la amorosa madre que allí suspira por mí; estrecha á todos los seres queridos de mi hogar paterno; recorre las calles de la población, penetra en ese mi segundo hogar, el colegio; vaga por los claustros espaciosos; contempla, entregada á las faenas del estudio, á esa brillante juventud andina, esperanza de la Patria, orgullo

de nuestras familias; ve aquí á un grupo de niños que pronuncian con respeto los nombres de Platón y de Aristóteles; allá otros que hablan de hipotenusas y postulados; quiénes que recitan el *Ego ille qui quondam* del sublime mantuano; quiénes que con voz argentina modulan las quintillas de Fray Luis ó los admirables tercetos de la Epístola Moral; y entre ese enjambre de cabezas rubias y negras de las cuales parece que salta la chispa esplendorosa del talento; y entre ese torbellino de prohombres en miniatura, de sabios en germen, como el gigante cedro entre los arbustos del bosque, mira elevarse la figura del maestro, de ese sacerdote incomparable para quien mis labios no encuentran elogio, que es hoy el blasón de La Grita, y de quien el Dr. Abel Montilla en pleno Congreso ha dicho que es “el orgullo de Los Andes y una gloria de la Nación.”

A él voy á tributar un recuerdo desde esta capital; á él voy á consagrar unas pinceladas para narrar los hechos principales de su vida, ya que entre mis papeles de viaje se me vinieron, por

una feliz casualidad, los apuntes que he recogido para trazar más tarde su biografía.

Su modestia, tal vez resentida con mis palabras, habrá de disculparme. El creerá inoportuno mi trabajo; pero el corazón me lo dicta, y la pluma por fuerza ha de obedecer.

\* \* \*

Nació el Pbro. Dr. Jesús Manuel Jáuregui en Niquitao, pequeño pueblo del Estado Los Andes, el 27 de Agosto de 1848. Fueron sus padres Don José Mateo Jáuregui y Doña Carmela de la Natividad Moreno, personas de muy escasos haberes, pero que rindieron siempre culto á la virtud y llevaron sobre su frente, como la mejor presea, la diadema inmaculada del honor. Poco tiempo después de nacido este niño, se trasladaron á Mucuchíes, donde permanecieron hasta su muerte.

De la señora Moreno recuerdan los que la conocieron joven, que era la mujer más hermosa y de fisonomía más

bella que hubo en su pueblo. Cuando ya sintió sobre sus hombros el peso del matrimonio, desplegó un carácter admirable: era exstricta en el cumplimiento del propio deber, y á los que estaban bajo su dependencia, no les permitía relajar ni aun sus ínfimas obligaciones.

Esta es una cualidad indispensable en las madres cuando se quieren formar grandes caracteres.

Con ella fué como Cornelia, la gentil romana, hizo de sus dos hijos, dos figuras notables en ese país de los Cincinatos y los Brutos, de los Camilos y Catones; con élla, como Salmanea formó de sus siete niños, siete héroes, que en el cumplimiento del deber, permanecieron incommovibles ante las crueldades de Antíoco, y aun llamando á sus suplicios como los Estoicos, lechos de nardos y azucenas; con élla la madre de Judas Macabeo presentó á Israel, en su hijo, un libertador abnegado y un general perilustre; y Leticia Ramolino dió á la Francia, con Bonaparte, el primer Capitán del viejo mundo y uno de los caracteres mejor formados que han contemplado los siglos.

He hecho notar ésto, para que se vea cómo las fatigas de la buena señora no fueron vanas: sus preceptos y su ejemplo no fueron semilla arrojada al aire.

Bajo tan notable dirección en el hogar doméstico, el niño fué creciendo, entregado unas horas al trabajo material y otras al estudio de las primeras nociones en la escuela del lugar. Cuando hubo terminado las materias que regularmente se estudian en las escuelas primarias, comenzó á aprender la lengua latina, bajo la dirección del cura de Mucuchíes, Pbro. Pedro Pérez Moreno, á cuyo lado estuvo hasta que cumplió veinte años, época en la cual, conociendo el maestro las aptitudes del joven y su vocación para el altar, lo trajo á Mérida con el beneplácito de sus padres y lo colocó en el palacio del Illmo. Sr. Boset, de gratísima memoria, dejándolo allí una vez que hubo vestido el hábito clerical.

Había variado su escenario completamente: de un pueblito de escasa significación, iba á la Metrópoli andina; de la vida holgada y libre del seglar,

pasaba á recibir sobre su frente el peso de las grandes obligaciones de la carrera clerical; y de la escuela de humildes maestros salía para recibir las lecciones de uno de los sabios más ilustres y de los sacerdotes más virtuosos que ha tenido la Diócesis de Mérida.

No puedo pasar aquí, sin tributar un recuerdo á este gran Obispo. No le conocí sino muerto, cuando su cadáver entró en La Grita para ser depositado en la tumba; pero he oído hablar tanto de sus méritos y cualidades, que su memoria me es harto grata.

El Illmo. Sr. Juan Hilario Boset fué un angel que pasó por la tierra difundiendo las claridades de su mente y los tesoros de su corazón. Era anciano ya y tenía en los labios la sonrisa del niño. El nimbo del candor, jamás abandonó su sien: la inocencia le cubrió con las alas hasta que arrebandolo de la vida lo trasportó al cielo.

Tenía siempre una esperanza: ver el mundo convertido todo á Dios; una aspiración suprema: poseer la corona de la santidad; un cuidado especial: no relajar el cumplimiento de sus sagrados de-

beres; y un goce inefable: hacer el bien por todas partes.

Su ciencia era un foco de luz que no se apaga: su caridad, una llama que no se extinguía.

Era humilde como buen discípulo del Evangelio; pero creía con San León el Grande, que el sacerdote debe honrar su ministerio, y lo honraba.

Generalmente era manso como un corderillo; pero cuando se trataba de conculcar los derechos de su Iglesia, erguía la melena del león y como él, rugía.

Camino del destierro iba cuando, de resultas de un golpe, se durmió en el Señor ya en las cercanías de La Grita. Cupo á esta mi querida ciudad, recibir los restos del mártir y guardarlos en uno de sus templos con la misma veneración con que Comona del Ponto recibió y guardó en otro tiempo las cenizas del Crisóstomo que con dolor había dicho adiós á su grey para ir también á soportar los pesares del ostracismo . . . . .

He aquí al Maestro bajo cuya dirección se iba á formar nuestro joven. Iba



á beber la dulzura de esos labios que siempre destilaban miel; iba á leer la doctrina de la caridad en esos ojos que chispeaban al fuego del amor más puro; iba á desenvolverse en ese hogar saturado siempre por una atmósfera de honor, de ciencia, de virtud, de santidad. Y bebió la miel de esos labios, y leyó en esos ojos la doctrina del amor, y se impregnó de esa atmósfera que es la única que da vida y no sofoca, que engrandece, que eleva, que dignifica.

No recuerdo á punto fijo cuanto tiempo vivió en este santo hogar; lo que sí sé, es que de allí salió ya ordenado de Sacerdote, y para recibir el Curato de Milla, Parroquia de Mérida, en la cual comenzó á dar brillantes muestras de sus raras dotes para el púlpito y de la edificación que con su piedad sabe llevar á las almas de sus feligreses.

En esta época, el Illmo. Sr. Boset le tenía por uno de sus más íntimos y mejores amigos. Le visitaba frecuentemente, y era un goce para él departir en el seno de la amistad, con el que había sido su familiar inteligente y su discípulo amado.



El año de 1873 se retiró de Milla para ir á servir el Curato de Mucuchíes, su segunda patria, y el pueblo donde tenía, junto con los sepulcros de sus padres, el nido de sus hermanos pequeños y las ruinas, casi olvidadas, de esos castillos de mármol y oro, que había construido un tiempo su imaginación de niño.

Tenía á su cargo, además del pueblo de Mucuchíes, las parroquias de Torondoy y San José de Pocó y la aldea de San Cristóbal. Durante el largo lapso que estuvo allí, su laboriosidad fué incansable. Construyó el templo de Mucuchíes, que, según se nos dice, es uno de los más bonitos de Los Andes; edificó la iglesia de San Cristóbal y echó los cimientos de las de Palmira y Torondoy. Convencido de que las vías de comunicación son el alma de los pueblos, y queriendo también dar un impulso material al inmenso territorio que le estaba encomendado espiritualmente, concibió el proyecto del importante camino de Mucuchíes á Eobures, de diez y siete leguas de extensión; camino que con facilidad lleva al Lago de Maracai-

bo los abundantes productos de esas riquísimas localidades. Apenas concebido el proyecto, constituyó una junta, empezó á allegar fondos y dió principio á los trabajos. La Legislatura del Estado, para ayudar á la empresa, le dió por ocho meses los productos de las minas de urao de Lagunillas, y el mismo Gobierno Nacional, cuando notó más tarde el interés con que se llevaban á cabo los trabajos y la importancia del camino, decretó una suma mensual, la cual se pagó religiosamente hasta dar feliz término á la obra.

Fué en Mucuchíes donde el Dr. Jáuregui adquirió principalmente ese inmenso caudal de conocimientos que forman su tesoro intelectual. Un amigo mío, que de paso por allí se hospedó en su casa, me ha referido que lo encontró, semejante á un Benedictino de la Edad Media, en un inmenso salón, rodeado de estantes de libros por todas partes, y teniendo al frente unas cuantas mesitas cubiertas de animales disecados, de platos de arenas, cuarzos y minerales diferentes, de vegetales, flores, raíces, frutas y los cien mil productos

de esas montañas andinas, que así son majestuosas y pintorescas como guardan tesoros incalculables en su seno. Así pasaba los días y gran parte de las noches, dedicado, al mismo tiempo que al estudio de los Libros Sagrados, de los Santos Padres y Expositores de la Iglesia, al estudio de las Ciencias Naturales, de la Filosofía, de la Historia y de la Literatura.

Entre las personas que gustaban de ir á pasar temporadas en su compañía, se cuenta el Illmo. Señor Zerpa. Era este esclarecido Prelado una especie de serafín, enviado á la tierra en un día de huelga para los cielos. Para encontrar su virtud, su mansedumbre, su modestia jamás desmentida, es necesario ir hasta San Luis Gonzaga: para hallar su energía en el cumplimiento de sus sagrados deberes, hay que ir más atrás, es necesario llegar hasta San Atanasio. Su ciencia era la de San Agustín, su elocuencia en el púlpito sólo puede medirse por la de Massillón, Flechier ó Bourdaleu. Su fisonomía, alto, flaco, delgado, nos recuerda á los anacoretas de los primeros siglos, que

á fuerza de maceraciones y de pasar los días entre el estudio y la oración, parecían seres fantásticos, como habitantes de otro mundo más espiritual que éste, en que tanto culto se rinde á la materia.

Recibió en vida veneración de todos los que le conocieron, y cuando la noticia de su muerte se regó por Mérida, todos exclamaban unánimes: “Un santo ha entrado hoy en el cielo.”

Este sacerdote, sin rival en los fastos de la Iglesia Merideña, fué el director espiritual del Dr. Jáuregui, desde que recibió la sagrada ordenación. Pedíale su consejo en casi todos los asuntos que se le presentaban, convencido como estaba de que el señor Zerpa, si hablaba de lo futuro, era un profeta; y si de lo presente ó de lo pasado, era casi infalible.

El influyó mucho en sus estudios, pues le indicaba aun las obras que debían ser objeto principal de sus meditaciones. De él recibió importantes lecciones de oratoria, lecciones que el discípulo supo aprovechar, hasta el punto de ser hoy, no sólo el primer

orador sagrado de Los Andes, sino uno de los primeros predicadores de la República.

Llegó el año de 1876, y el Dr. Jáuregui tuvo que atender á otra clase de imposiciones de los pueblos. El Distrito Rangel lo eligió Diputado á la Legislatura del Estado, y á fin de corresponder á esa muestra de confianza y de estimación, tuvo que trasladarse allí para trabajar en pro de los intereses de aquel pueblo.

Para dar una idea de cómo se condujo el joven sacerdote como Legislador, bástame decir que tres años después, era elegido Diputado al Congreso por el Estado Guzmán.

No rechazó esta elección, porque sus convicciones, sus ideas religiosas y políticas y la fibra del patriotismo que palpataba en su pecho, lo impulsaban á la capital para lanzar allí su protesta contra esa autocracia que el Congreso del 79 echó por tierra, y depositar así un ramo de aromadas flores en el altar de la Patria libre.

Permítasenos narrar un incidente de este Congreso que dice mucho en favor

del Dr. Jáuregui.

Era el día anterior á la demolición de las estatuas. La ciudad de Caracas estaba profundamente consternada. Sabíase que el golpe contra la dominación de los Guzmanes era infalible, porque el pueblo rugía como león, y la Representación Nacional estaba en su numerosa mayoría, dispuesta á darlo; pero también se sabía que la Revolución tocaba á las puertas de Caracas, y que la sostenían las arcas del Ilustre y muchas espadas de brillo.

Todo era conflicto, incertidumbre, agitación.

Por unas partes se proferían amenazas contra el Congreso; por otras elogios.

Por fin se reunió la Asamblea en sesión preparatoria. Presidía el Dr. Carlos Arvelo. Se leyó la orden del día: la DEMOLICIÓN DE LAS ESTATUAS.

Una especie de tempestad agitó aquellos salones. Los amigos de Guzmán agotaban en su favor los últimos recursos; sus enemigos trataban de ahogarles todo esfuerzo.

En tal tremolina, el Presidente tocó repetidas veces el timbre é impuso si-

lencio. Cuando la Asamblea se había calmado “se va á votar, dijo, la demolición de las estatuas, y para mayor brevedad, cada quien debe hacerlo nominalmente y solo con las palabras sí ó nó.”

Varios *noes* secos empezaron á salir del ala izquierda, donde estaban principalmente los guzmancistas, y al llegar el turno al Dr. Jáuregui, las miradas se fijaron en el joven Diputado andino. El Dr. Federico Pimentel, gran amigo del Ilustre, que le quedaba á la derecha, le gritó en el momento de ir á votar: “Un *no*, Dr. Jáuregui, y se lleva Ud. el Obispado de Mérida.” *Sí*; gritó el joven sacerdote á todo pulmón, “y sepa Ud. Dr. Pimentel, le digo, que no estoy aquí para aspirar á mitras, lo que en todo tiempo me fuera indigno, sino para cumplir los indeclinables preceptos que la Patria y la Religión me imponen” Un aplauso general resonó en todo el inmenso salón, y los partidarios de Guzmán palidecieron al encontrar energías como esa en las filas de sus contendores.

De ese día en adelante, la figura del



Dr. Jáuregui se elevó mucho más en el Congreso.

Después de estos sucesos, y á causa del triunfo de la Revolución, el Dr. Jáuregui permaneció casi á ocultas algún tiempo; pero no tardó en volver á presentarse en el escenario público, y esta vez fué en defensa de la Religión.

El Illmo. Sr. Lovera había prohibido, por medio de una pastoral, las procesiones en su Diócesis. Como es sabido, en algunos pueblos en donde las costumbres se habían relajado, las dichas procesiones no eran sino motivo para escándalos de los unos, para irrisiones y burlas de los otros. El, que notó todo esto, creyó deber suyo salvar la pureza del culto, y aunque comprendió lo arriesgado de oponerse á una costumbre inveterada, se decidió á arrostrar todas las circunstancias y lanzó su pastoral.

No fué bien recibida ni aun por parte del clero. Por dondequiera hubo protestas; la prensa murmuró; las familias se alarmaron y casi todos vieron en aquella resolución, algo como un



ataque á la santa Religión del Crucificado.

Por fin el clero disidente alentó al Dr. Juan Nepomuceno Monsant para que hiciera frente á la cuestión, y éste tomó la pluma en las manos.

El Dr. Monsant, que lleva sobre su frente el brillo de tres borlas académicas, es una de las más notables ilustraciones andinas. Conoce la legislación canónica y la liturgia eclesiástica como un sabio Benedictino de los mejores siglos de la Iglesia. Su sola consecución para ponerlo al frente de esta arriesgada lid, era un triunfo.

No tardó mucho tiempo en dar á la estampa un libro de novecientas páginas. Y qué páginas! Elocuentes las unas hasta persuadir; poéticas las otras hasta deslumbrar, y todas ellas saturadas como de perfumes árabes, ó de aromas de las riberas del Tigris.

Varios sacerdotes de las opuestas filas, trataron de refutar el libro con folletos que fueron dando á luz en diferentes pueblos. Sin embargo, ni la opinión pública quedaba satisfecha, ni

el Sr. Zerpa, Provisor entonces del Obispado, veía una refutación completa de la obra. En tan apuradas circunstancias le escribió al Dr. Jáuregui, á Mucuchíes, encomendándosela. El Dr., que en tratándose de obediencia á sus superiores eclesiásticos, no acepta excusa, apenas se impuso de la orden, comenzó los trabajos, y pocos días después circuló su folleto. El triunfo estaba dado. Los repetidos sofismas del Dr. Monsant, vestidos como las amazonas americanas, con guirnaldas de rosas y racimos de siemprevivas, habían sido puestos al desnudo. El criterio público decidió, y la orden del Illmo. Sr. Lovera quedó tan en vigor que ya nadie volvió á decir nada de las procesiones. Esto se verificaba el año de 1883.

Aquí comienza una nueva época en la vida pública del Dr. Jáuregui. Este año, después de los sucesos que acabamos de narrar, fué nombrado Cura y Vicario de La Grita, á donde se trasladó inmediatamente para tomar posesión de su Vicaría.

Desde que llegó allí, su imagina-

ción, infatigable en trabajar por el bien, comenzó á idear cómo podía hacer algo útil en pro de aquella ciudad privilegiada. Sus meditaciones no fueron de muchos días. Convencido de que la felicidad de un pueblo no se consigue sin la moralidad de todas las clases sociales, y la ilustración, que es la que da medios fáciles para vencer en las luchas de la vida, se resolvió á fundar un colegio de niños, alentado, además, por la benignidad de aquel clima delicioso que tanto se presta para el desarrollo de la juventud. Empresa de titanes era, en un pueblo en donde le faltaban tantos elementos para realizar su obra; pero los talentos superiores jamás encuentran obstáculos: ellos lo dominan todo. Pocos días después se declaraba inaugurado el COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, instituto destinado para la educación de los jóvenes que se dedican á la carrera eclesiástica y para la de los que siguen la vida laica de las profesiones públicas.

Fué su colaborador en esta magna empresa, el Dr. FRANCISCO ANTONIO GUEREERO de gratísima memoria,

amante de la instrucción y decidido cooperador de toda obra generosa y digna. Con la tierna solicitud de un padre, viósele siempre en los claustros del plantel, difundiendo la luz entre esas oleadas de niños que, ávidos de ciencia, consagran allí sus días al estudio y la meditación; y desempeñaba el Vicerrectorado del Colegio, cuando en hora fatal para La Grita, la despiadada muerte cerró sus ojos y dejó inactiva aquella cabeza pensadora que guardaba los arcanos del saber.

Muy pronto mereció el Colegio la confianza de los padres de familia, y vió sus aulas llenas de niños de diferentes pueblos de Los Andes.

En 1885 el Dr. Jáuregui se trasladó á Europa por algunos meses; viaje éste que influyó muchísimo en su vida de sabio y de institutor. Partió en compañía del Illmo. Sr. Lovera y visitaron los principales centros de la civilización europea.

Allí estudió principalmente el régimen gubernativo y económico de todos los grandes institutos que encontró á

su paso; y fué así como pudo formarse una idea tan perfecta, como la que ha realizado posteriormente en su Colegio de La Grita, ya se examine el gobierno de este plantel, ya su régimen económico, ya, en fin, su plan de estudios. Los brillantes resultados que ha producido en el corto lapso de trece años, y la envidiable fama de que hoy goza de uno á otro extremo de la República, son la mejor prueba de su importancia y el mayor elogio que se le pudiera hacer.

Y sépase que el Dr. Jáuregui, al consagrarse con tanto interés á la mejor organización de su instituto, no ha tenido ni la idea de conseguir fines particulares: sólo ha buscado la manera de poder prestar el mayor bien á la juventud amante del saber. El número de veces que destina todos los años para niños pobres, excede relativamente al de cualquier otro Colegio del mundo que se sostenga como aquel, solo con sus propios productos.

Si él fuera un gran capitalista, en su Colegio no habría pensiones; si pudiese siquiera proporcionarle una

renta mensual con la cual cubriese los gastos, la educación allí sería gratis.

Tales son los sentimientos de esa alma generosa y noble que honra al país donde se meció su cuna.

En cuanto á la clase de educación que se recibe en el Colegio, nadie duda que es eminentemente religiosa. Allí se enseña la más pura doctrina de la Iglesia, y las prácticas piadosas son un precepto indeclinable.

Ese es el único medio de formar los hombres del porvenir, y de oponer una cortapisa á la corriente desmoralizadora del siglo. Está probado que el crimen tiene más sectarios en los pueblos en donde hay más descreencia. La Relegión entornece los corazones, suaviza las costumbres, engendra hábitos de generosidad, levanta al individuo y le da aspiracionnes nobles, lo hace buen hijo, buen esposo, buen padre, digno ciudadano, cumplido caballero: ella mata los instintos de maldad, porque es la cadena de oro que nos liga con Dios, y cuando la mente está fija en él, es hasta imposible que se pueda

concebir el mal. Sin la religión, el ignorante es un bruto; el sabio, un enfermo moral. Sin ella los pueblos perecen como por una asfixia del alma; la sociedad se disuelve. Ella es el único lazo que puede unir los corazones fuertemente. El cariño, el afecto, la amistad, la simpatía, todo eso es nube que pasa, sombra que se extingue, humo que se disipa: la Religión es el único nexo que dura, porque quien ata los corazones con él, no es el mundo, voluble y frágil, sino Dios, el mismo Dios.

En nuestros tiempos, en que la impiedad ha subido á su trono y ha producido todos sus abortos nefandos, hay que hacer mayor hincapié en la enseñanza religiosa: afortunadamente hoy todas las miradas convergen á la Religión, como la única salvadora de la sociedad. Ello rehabilitará al mundo á vuelta de pocos lustros, y volverán días felices para la tierra.

Uno de los engendros más horribles que ha producido la descreencia, es el odio hacia el clero, odio á que han dado origen muy principalmente los escritos impíos, calumniosos y desvergon-



zados de los filósofos racionalistas del siglo último. Para destruir esas prevenciones infundadas, y establecer lazos de fraternidad entre los sacerdotes y los seculares, fué la idea del Dr. Jáuregui, de dar á su Colegio una forma mixta. Allí se educan é instruyen los hombres públicos de brazo con los sacerdotes: se sientan en unos mismos bancos á oír las clases, comen en una misma mesa, viven en unos mismos claustros y aun salen á paseo reunidos. Ese compañerismo desde los días más bellos de la niñez, por fuerza ha de establecer nexos que duren hasta la tumba. Así, pues, examinado el Colegio desde este nuevo punto de vista, no son menos importantes los beneficios que prestará á la Patria y á la Religión.

En 1886, el Congreso le dió la facultad de leer el trienio de Filosofía y de conceder el grado de Bachiller en dicha materia. Posteriormente se ha solicitado, sin buen éxito, la facultad de hacer los cursos de Ciencias Políticas y Eclesiásticas.

Hasta hoy ha dado el Colegio más de veinte sacerdotes, de los cuales va-



rios hacen honor al Obispado; y han cursado Filosofía y recibido el título de Bachiller, cerca de cien jóvenes: de ellos, unos han recibido ya la borla del Doctorado; otros estudian ciencias superiores en las Universidades de la República, y otros se han retirado á la vida pacífica del hogar para prestar caricias á sus padres ancianos ó para hacer la felicidad de una joven compañera.

La oratoria ha brindado sus laureles á muchos alumnos del Colegio; otros han sido recibidos con verdadero entusiasmo en el estadio de la prensa, y no faltan algunos que hayan brindado al país obras literarias y científicas de no escaso valer.

Todo eso prueba la perfección con que se hacen los estudios en aquel notable plantel, y lo que es más importante, el hábito que allí adquiere el alumno de vivir siempre concretado al trabajo: á la lectura y á la meditación.

Me he extendido quizá demasiado en estas consideraciones acerca del Colegio; pero siendo esa la obra más trascendental del Dr. Jáuregui, debía ser estudiada en todas sus manifestaciones

para que se conozca la alta talla de ese sabio incomparable que la produjo y sostiene con solo los recursos de su ingenio, y que le ha dado con sus ahorros y privaciones un edificio que vale cerca de veinte mil pesos.

El Dr. Jáuregui fué condecorado con el grado de Doctor en Derecho Canónico por la Sagrada Congregación de Estudios de Roma, siendo Prefecto de ella el Cardenal Pecci. Sus conocimientos en Teología son profundos. No ha descuidado tampoco las Ciencias Políticas ni la Literatura.

Su laboriosidad es extrema. Trabaja desde las cinco de la mañana hasta altas horas de la noche; y cuando en medio de sus faenas se siente fatigado, descansa entregándose á las dulces fruiciones de la oración, que es la fuente de su consuelo.

Como escritor, su prosa es de oro. Sabe dar novedad á cualquier pensamiento por trivial que sea, y vestir sus ideas con atavíos siempre de lujo.

Como poeta, tiene una fantasía deslumbradora. Sus versos son á veces

duros; pero es porque la agitación en que vive no le da tiempo para limar; sólo le permite producir. Por lo demás, hay poesías suyas, que á haberlas encontrado en una colección de versos orientales, no habrían delatado su origen.

Es orador de gran talla: improvisa con la misma facilidad con que pronunciaría un discurso aprendido. Su cuerpo esbelto, su fisonomía bella, su voz de un timbre sonoro: todo se presta para realzarlo en la tribuna. Y principalmente ese talento admirable que le lleva á concepciones grandiosas y que le da el tino para tratar todos los asuntos de la manera más propia para cautivar y seducir.

Le he oído sermones bajo los humildes techos de las iglesias de La Grita, que no creo los pronunciara mejores el gran Bourdalou bajo los ricos artesonados de Santa Genoveva.

Es miembro de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas y de la Escuela de Minas de París.

También es Canónigo Honorario de

la Iglesia Catedral de Loreto, y goza de varios privilegios emanados de la Santa Sede, entre otros, el de dar la bendición, al fin de sus sermones, con indulgencia plenaria.

En 1889 prestó grandes servicios á la Diócesis de Mérida, con motivo del abandono injustificado en que dejaron sus iglesias, de un momento á otro, Monseñor José Concepción Azevedo (de grato recuerdo) y los demás curas del Táchira. La sociedad se alarmó con aquella medida arbitraria, porque no había causa para ello; y el Gobierno del Estado se empeñó en castigar como perturbador de la paz pública al autor de aquel conflicto, Dr. Azevedo. En tan críticas circunstancias, el Provisor del Obispado, Dr. Pérez Limardo, llamó á Mérida volando al Dr. Jáuregui, para que idease el medio mejor de arreglar tan ingrato asunto. Una vez en Mérida el Dr. Jáuregui, celoso defensor como es del honor del clero, trabajó por obtener que la causa contra el Sr. Dr. Azevedo pasase del tribunal civil al eclesiástico: no habiéndolo conseguido, voló á Caracas, se entendió

con el Illmo. Sr. Lovera, quien le invistió con el título de Vicario General de la Diócesis, y luego obtuvo del Gobierno Nacional lo que pretendía, arreglando en lo demás la cuestión, de la manera más favorable para el Dr. Azevedo, á quien sólo impuso, el mismo Sr. Obispo, una leve pena. Allí demostró una vez más el tino con que sabe tratar los asuntos de gobierno y el celo por el honor clerical. Terminado el proceso, y colocado de nuevo el Dr. Azevedo en su Vicaría del Táchira, el Dr. Jáuregui renunció el alto puesto á que había sido llamado y se retornó á sus continuar sus labores en La Grita.

El Dr. Jáuregui es autor de varias obras. *La Sultana del Zulia* es una descripción preciosa de las fiestas con que Maracaibo celebró el Centenario del Ilustre Prócer de la Independencia, Gral. Rafael Urdaneta. Está escrita en un lenguaje de alta entonación y toda ella es una poesía que deleita y que á la vez instruye, por la multitud de asuntos que trata. Los productos de esta obra los destinó el autor para la traída á Venezuela de las Hermanas

de la Caridad.

*Tratado de Urbanidad para los seminarios* es el título de otra obra suya, de gran mérito por cierto, y la primera de esta clase que se ha escrito en Venezuela. El Sr. Meriño, Arzobispo de Santo Domingo, la declaró como texto en los seminarios de su dependencia.

También publicó una *Geometría elemental*, notable por algunos principios y demostraciones matemáticas, nuevos en la ciencia, y por los cuales ha merecido aun una carta del Rector de la gran Universidad de Boston.

En verso ha publicado dos folleticos: un poema titulado *El Misionero* y una oda *A la Verdad*. En el primero hay pensamientos delicadísimos y tiernos que bien revelan el alma de poeta de su autor.

Tiene inéditos, entre otros trabajos, un *Tratado de Filosofía* y una obra de gran interés patrio: *Biografía del Illmo. Sr. Dr. Tomás Zerpa*.

El Gobierno Nacional lo condecoró ha poco tiempo con la medalla en tercera clase del Busto del Libertador; y en el

Ministerio del ramo he visto el decreto en que se le concede la Medalla de Instrucción Pública.

Al llegar á Maracaibo encontré como una novedad para mí la candidatura del Dr. Jáuregui para Obispo del Zulia. En La Guaira y Caracas me han hablado también muchas personas notables sobre el mismo asunto. El entusiasmo con que se trabaja por esa elección es mucho. Yo me complacería infinito con que los anhelos del pueblo Zuliano se realizasen: bien se merece una mitra esa frente pensadora que, á la manera de los astros, vive siempre envuelta en esplendores de luz; pero el Dr. Jáuregui hace notable falta al Táchira, y muy principalmente á La Grita, mi pueblo natal, que ha trasformado moral y materialmente en los trece años que tiene de residencia allí, y donde se le profesa una estimación que raya en los más altos límites del afecto y del cariño. Sin embargo, si del cielo descende esa mitra, caerá sobre su sien, y con todo el sentimiento de un corazón dolorido, tendremos que pronunciar el adiós de despedida al más



querido de los sacerdotes que han vivido en medio de nosotros.

Voy á terminar aquí este escrito, repitiendo que no es una biografía lo que he trazado: el Dr. Jáuregui es joven todavía y de una laboriosidad incansable: su gran placer, además de los quehaceres de su ministerio, que son para él un goce, consiste en la fundación de obras pías y en la difusión del saber por todas partes: la mitad de su vida está todavía en el porvenir; por éso su biografía no puede delinearse hoy. Ojalá que mañana me cupiese el honor de escribirla, que en ello llevaría tanto placer como el que he tenido rasgando estas líneas, que, por desgracia mía, han salido pálidas, más que las azucenas de los cementerios.











00032418991



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL